



**¡BANG, BANG,
ESTÁS MUERTO!
(II)**

EDICIÓN DE MONCHO ALPUENTE Y LUIS CONDE

La novela policiaca de quiosco ocupó toda una época de la cultura popular, principalmente entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX. Para quien desee comprender la sensibilidad de esos años y las preferencias del imaginario colectivo, es imprescindible revisar algo de lo mucho que se publicó en esas décadas.

En esta antología se han reunido cuatro títulos representativos de los miles publicados, con la idea de abarcar las diversas tendencias y generaciones de autores que fueron muy populares y mantuvieron la afición de millones de lectores. No están todos los que fueron, pero sí son algunos de los más estimados y que perduran en el imaginario colectivo. De su calidad y atractivo literario hablan sus textos y así lo podrán comprobar quienes vuelvan a leerlos.

ÍNDICE

Nota a la edición

La oscura sombra del miedo

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

El caso de los crímenes incomprensibles

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Los guerreros de la niebla

Prólogo

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Epílogo

La cucaracha

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Éste es el final

NOTA A LA EDICIÓN

La presente obra es el segundo volumen de los cuatro que conforman la antología de novelas policiacas de quiosco que publicamos. Incluye cuatro de los títulos más representativos que han sido seleccionados por sus editores, Moncho Alpuente y Luis Conde. En los otros tres volúmenes, el lector encontrará, además de las presentaciones de dichos editores y de Manuel Blanco Chivite, nuevos relatos así como entrevistas a algunos de sus autores.

LA OSCURA SOMBRA DEL MIEDO

BURTON HARE
(1966)

Hare (José María Lloró) calienta la Guerra Fría con esta intriga clásica de científico secuestrado con hija apetecible. Agentes de la CIA, trepidantes persecuciones y «balaceras» a granel ambientan una trama con todos los ingredientes del cóctel de la novela criminal de quiosco.

CAPÍTULO PRIMERO

Era un paraje que hubiera hecho las delicias de un director de cine alemán de la época de *Nosferatu*. Escarpados riscos se amontonaban unos sobre otros, con manchas verdes correspondientes a las arboledas en cuyo interior se hundían los senderos, apenas visibles, que llegaban de alguna parte remota.

Una espesa niebla flotaba como un sudario húmedo y gris, impregnando las rocas de pequeñas gotas de agua que se deslizaban hacia el suelo lentamente. A intervalos, y procedentes del mar, jirones más espesos de niebla se desplazaban impulsados por el suave viento frío que venía del norte.

Al otro lado de una pequeña planicie, y tras atravesar los riscos, un pronunciado declive permitía deslizarse hacia el mar a un estrecho sendero, que serpenteaba entre los roquedales buscando los lugares más accesibles para descender a las dunas que se extendían al final batidas por la marea.

Las dunas estaban desiertas. Una menuda llovizna caía insistentemente. El suave lamento del viento semejaba el quejido de un monstruoso ser atormentado por todos los remordimientos del infierno.

A media altura de los riscos se abría una hendidura sobre la cual, y a manera de voladizo, las rocas ciclópeas formaban una protección natural contra el viento y la lluvia, pero no podían resguardar de la niebla que penetraba hasta los estrechos rincones.

—Se mete hasta en los poros de la piel —gruñó Janvier, escupiendo el cigarrillo sin encender que había estado sosteniendo entre los labios.

Los otros dos hombres que se guarecían de la lluvia y del viento bajo las rocas hicieron un movimiento de inquietud. Sabían a qué se refería su compañero, pero la incomodidad de la niebla no era lo más importante en aquellos instantes.

Entre el lúgubre gemido del viento, llegaba hasta ellos el sordo mugido del mar, invisible desde su posición.

De nuevo fue Paul Janvoier quien gruñó:

—¿Qué hora es, Josselin?

—¿Qué te pasa, estás nervioso? —ironizó el aludido.

—¡Claro que estoy nervioso! ¿Tú no?

—Bueno, no es la primera vez que nos metemos en un jaleo de esta clase.

—No me gusta —sentenció Paul.

El tercero suspiró ruidosamente.

—¿Qué os pasa a los dos? Es una misión como otra cualquiera.

—Excepto que nos jugamos el pellejo por un yanky —repuso Josselin, añadiendo—: ¿Por qué no arreglan sus cosas sin complicarles la vida a los demás?

—Lo que me revienta de este asunto —retrucó Paul Janvoier con voz pausada— es lo poco que sabemos del mismo. Imagino que no les hubiera costado nada informarnos de la razón por la cual nos estamos helando aquí esta noche.

—Cuando él llegue lo aclarará.

—Si llega —rió Crêmieux, el más tranquilo de los tres.

Miró la hora en la esfera fosforescente de su reloj de pulsera.

Luego masculó:

—Sólo faltan diez minutos.

Reinó el silencio, relativo si tenemos en cuenta el sollozo del viento y el rugido del mar, que parecía estrellarse bajo sus pies.

Repentinamente, como brotado de la nada, igual que surgido de las entrañas de la niebla, un hombre apareció

junto a ellos en tan completo silencio que los tres pegaron un brinco. Paul movió la mano con la rapidez del relámpago y una larga automática quedó apuntando al estómago del aparecido.

Éste soltó una risita y avanzó dos pasos.

—¿Qué les pasa, muchachos, están nerviosos?

Tenía una voz profunda y suave a un tiempo. Podía ser tan fría como el hielo o burlona hasta el insulto según lo interpretara cada uno de sus interlocutores. Su acento francés era perfecto; un francés culto de París.

No obstante, había nacido en cierto pueblo de Indiana, Estados Unidos, treinta años antes de ese encuentro entre la niebla.

Al reconocerlo, Paul Janvoier gruñó:

—Pensábamos que había desistido de venir.

—No me perdería esto por nada del mundo. ¡Vaya noche! ¿Siempre tienen semejante tiempo por aquí?

—Además de hablar del tiempo —resopló Josselin—, ¿tiene usted instrucciones para nosotros?

—Seguro, muchachos. Lamento que hayan tenido que esperar tanto, por lo menos a saber los detalles generales del asunto. Vamos a recibir a ciertos amigos esta noche. Amigos que llegarán a la costa en una pequeña motora, probablemente neumática.

—¿Una motora neumática? Esa clase de cascarones son los que utilizan en los submarinos.

—Precisamente —todo vestigio de humor había desaparecido de la voz del americano—. Los que van a llegar procederán de un submarino.

—Muy bien —asintió Paul, animándose—. ¿Y qué se supone que vienen a buscar aquí?

—Un pasajero.

—¿Usted acaso?

—No; un hombre que vale infinitamente más que yo. Un individuo cuyo cerebro ambicionan los amos del subma-

rino. Naturalmente, nosotros no estamos dispuestos a que consigan sus propósitos, ¿entiende?

—Vagamente. ¿Un científico?

—¡Y de qué talla! —ponderó el americano—. Éste es el tercer intento que realizan para capturarlo. Dos veces en el espacio de un año han probado a secuestrarlo, una en mi país y la segunda aquí, en Francia, donde reside desde hace algunos meses por razones que ahora no es del caso detallar. Las dos fracasaron y va a ocurrir lo mismo en esta tercera...

—Entiendo —dijo Josselin—. Ahora, díganos cómo está usted tan seguro de que esa motora vendrá aquí.

—No me cabe la menor duda de ello. Ellos están seguros de que esta vez han tenido éxito y de que su prisionero está atado y amordazado en estos riscos, en compañía de tres agentes rusos, prestos todos ellos a embarcar en el submarino rumbo a su país.

Crémieux dejó escapar una risita de burla.

—De manera —dijo— que en lugar de sus compinches van a encontrarse con nosotros, ¿eh? ¡Qué jugarreta, madre mía! Supongo que lo divertido de la misma consiste en capturar a los tripulantes de la motora...

Reinó un corto silencio. Después, la voz profunda del americano resonó, cortante como el filo de una navaja.

—No —dijo solamente.

Los otros tres trataron de cambiar una mirada en la oscuridad.

—¿No? —murmuró Paul.

—Ha llegado el momento de escarmentar a esa pandilla —explicó el americano fríamente—. Para conseguir capturar a nuestro científico asesinaron a su secretaria y a uno de los agentes encargados de su custodia.

Todos comprendieron. Ninguno dijo una palabra. En la oscuridad, trataron de ver el rostro de su interlocutor. Sólo pudieron apreciar las duras líneas de unos rasgos que pare-

cían tallados en piedra, casi expresivos, pero que denotaban una carencia total de emociones.

—Bueno, será mejor que tomemos posiciones —dijo el americano de repente—. Yo saldré al encuentro de los que lleguen. Hablo bien el ruso, podré tranquilizarlos en los primeros instantes. Cuando desembarquen y saquen la motora fuera del agua ustedes empezarán a disparar. ¿Alguna objeción?

Sólo Janvoier gruñó:

—No me gusta.

No hubo respuesta por parte de ninguno de los demás. Luego, todos ellos comenzaron a descender por la hendidura.

Rápidamente, una vez llegados abajo, el hombre de la CIA les indicó cuáles debían ser sus posiciones. Antes de separarse, Crémieux inquirió:

—Supóngase que alguno de los que llega conoce a los que debían salirles al encuentro. ¿Qué cree que le sucederá a usted?

—Bueno, quizá lo pase mal, pero es un riesgo que debo correr. Es mejor que se oculten ya.

—Un momento...

—¿Sí?

Crémieux alargó la mano y estrechó la del extranjero, y murmuró con voz neutra.

—Me gusta trabajar con usted. Nos enseñaron su fotografía para que pudiésemos identificarle. También nos dijeron que podíamos llamarle Frank... Me gustaría conocer su nombre completo antes de que empiece el baile.

—Frank Murdock. Yo sé perfectamente cómo se llaman ustedes... estuve revisando sus expedientes en el Deuxième Bureau.

—De manera que fue usted quien nos eligió —refunfunó Josselin.

—Sí.

—Bueno, al diablo con todo —rió Crémieux—. Buena suerte a todos.

Y se esfumó en la oscuridad. Pocos instantes después, Frank Murdock quedó solo, agazapado tras las rocas que bordeaban las dunas de arena. Su reloj le indicó que apenas si faltaban cinco minutos para la hora de la cita.

En medio de la creciente tensión de aquellos últimos minutos de espera, evocó el hermoso rostro de Viviane, sus rojos labios y el calor de sus besos. Pensó en su última cita, en las tumultuosas horas que vivieran juntos por última vez.

Porque Viviane había muerto poco después de su cita.

Viviane había sido la secretaria del científico que tantas veces trataron de capturar los hombres que ahora iban a estar delante del punto de mira de su pistola.

Suspirando, extrajo una potente automática Mauser 44 de corto cañón, al que adaptó un eficaz silenciador SS. Descorrió el seguro y volvió a guardarla en la funda para preservarla de la humedad.

Cambió de postura. Notaba el frío penetrarle hasta los huesos. Pequeñas gotas de lluvia se deslizaban por el ala de su sombrero, brillando un instante ante sus ojos antes de caer. Refunfuñó una maldición dedicada al tiempo. Luego, sus nervios se tensaron y aguzó el oído.

Por entre el rumor del mar, cuya sucia espuma saltaba al borde de las dunas, percibió el ruido de un pequeño motor que se acercaba rápidamente. Poniéndose en pie, escuchó la oscuridad con los dientes arrastrados como un cepo.

El motor llegó cerca de la playa y se paró. Sólo quedó el monótono lamento del viento y el azotar de la marea contra las dunas.

Frank esperó todavía. Faltaba la señal.

Un agudo y corto silbido se elevó repentinamente. Fue apenas un segundo. Nadie que no hubiera estado aguardándolo habría oído semejante sonido.

Había llegado el instante definitivo. El hombre de la CIA se apartó de las rocas, saliendo al descubierto. Cambió la

automática de la funda al bolsillo derecho del impermeable. Con la mano izquierda manejó una potente lámpara eléctrica y envió tres rápidos destellos hacia la oscuridad del mar. Esperó un par de segundos y repitió la señal. A continuación, y a intervalos calculados, estuvo emitiendo destellos aislados, de uno en uno, hasta que el silbido, tan agudo y tan breve como el primero, le respondió. Entonces guardó la linterna.

Maldijo para sus adentros a la niebla, que restaba visibilidad. Pero se mantuvo quieto, aguardando algo que muy bien podía ser la muerte.

Sus tres ayudantes, cada uno en su escondrijo, pensaban en aquel hombre cuya figura apenas vislumbraban en la oscuridad como una mancha de niebla un poco más negra. Crêmieux sonrió para sí. A escasas yardas de distancia, escuchó un leve chapoteo y una voz seca y gutural que preguntaba algo en un idioma desconocido para él. Luego, la voz de Frank respondió en el mismo lenguaje...

Frank Murdock avanzó al encuentro del primero de los tres hombres que había saltado a la playa. Los otros dos hicieron lo mismo, pero en lugar de avanzar se ocuparon en asegurar el bote neumático provisto de motor fuera borda.

El ruso llegó a poca distancia del americano. Éste pronunció una frase convenida. El otro asintió, pero se detuvo en seco. Había logrado ver ya la cara de su interlocutor y no pudo contener una exclamación de alarma que obligó a sus dos compinches a desentenderse del bote y girar en redondo.

El ruso fue el primero en disparar. Un arma de gran potencia retumbó en la noche como un trueno, ahogando al viento y al mar y a la tierra toda.

Frank dio un salto, arrojándose sobre las dunas y disparando a un tiempo. El silenciador de su Mauser apenas si produjo un ligero *plop* por cada balazo.

Las armas de los agentes franceses entraron en liza también, concentrando su fuego contra los dos extranjeros que

corrían apartándose de la lancha.

La pistola del primer ruso había enmudecido detrás del primer disparo. Las balas de Frank no le dieron tiempo a disparar por segunda vez.

La batalla apenas si duró unos segundos. Las armas de los agentes estaban todas provistas de silenciador. Sólo las de los intrusos retumbaron, pero escasas veces. La trampa había funcionado con tanta efectividad que apenas unos segundos después del primer disparo todo volvía a estar en silencio, igual que antes.

O casi igual.

Tres cadáveres se desangraban sobre la mojada arena de las dunas.

Crêmieux y Janvoier fueron los primeros en llegar al lado del hombre de la CIA, cuando éste se levantaba mascullando algo entre dientes.

—¿Está usted bien? —jadeó Crêmieux.

—Creo que sí... ¿Alguno de ustedes ha resultado herido?

Paul gruñó:

—Todos nos encontramos bien. ¿Qué hacemos ahora? No podemos dejar aquí a estas carroñas.

—Tengo cierto proyecto para ellos. El submarino, según mis informes, se encuentra aguardando a unos seiscientos metros de la costa... Vamos a devolverles su embajada. Cazarán el bote guiándose por el sonido del motor. Ayúdeme.

Rápidamente, colocaron los tres cadáveres dentro de la reducida lancha. Frank examinó sus bolsillos, sin sorprenderse al encontrarlos totalmente vacíos. Tras esto, empujó el bote y puso el motor en marcha.

Tuvo que penetrar en el agua hasta la cintura para enderezar el rumbo de la embarcación, tras lo cual embragó el motor y la dejó suelta.

Oyeron el petardeo apagado esfumándose en la distancia. Aquella especie de ataúd flotante iba a dar mucho que

pensar a los grandes jefes del espionaje ruso en Europa...

—¿Nos vamos? —propuso Crêmieux—. Este lugar me da dentera.

—Todavía no. Guarden silencio —recomendó Frank.

El ruido de la lancha se había extinguido ya en la distancia. Las olas, un tanto alborotadas, se deshacían contra las dunas en una catarata de espuma en la que flotaban restos de algas, ensuciando la playa. El viento cobraba violencia por minutos. Era cada vez más frío. Crêmieux se estremecía de vez en cuando. Lo achacó al frío. Quizá fuera por otras causas.

Pasaron diez minutos de angustiada espera. Y entonces, en alguna parte de aquel mar cubierto de niebla, se escuchó un violento gorgoteo, como el de un animal gigantesco sumergiéndose a toda prisa.

—Bien —gruñó Frank, conteniendo los estremecimientos de frío que le asaltaban—. Podemos largarnos. Nuestra embajada ha llegado a destino. Estoy temblando... y empapado. Un trago me sentaría de maravilla.

Se alejaron apresuradamente, sin hablar, cada uno sumido en desagradables pensamientos.

Frank evocó una vez más a la hermosa Viviane. Los otros le oyeron mascullar:

—Y bien, pequeña; ya han caído tres... Tú valías por trescientos.

Pero como habló en inglés, y muy bajo, los demás no pudieron entenderlo.

Como sombras, se perdieron en la niebla al encaramarse por los escarpados riscos. El gemido del viento se hizo más intenso, más sollozante si cabe...

La noche se estremeció.